

bayoneta que duró algunos instantes, hasta que, viéndose envueltos por todas partes por los soldados españoles, se retiraron hácia Altamira, salvando los cañones. En este encuentro murió un comerciante español llamado Zubiaga, que se habia ofrecido á servir de guía á los expedicionarios.

Vencidas estas dificultades, Barradas continuó marchando sobre Altamira, resuelto á tomarla á toda costa. Pero en tanto que sus tropas se adelantan haciendo fuego, y los mexicanos se detienen á cada instante á disputarles el paso, pasemos á ocuparnos de otros personajes de nuestra historia.

## CAPITULO XVIII.

Donde menos se espera....

Estamos en Altamira; pueblo ligeramente fortificado por los mexicanos, y desde el cual el general D. Manuel Mier y Terán, estaba en observacion de todos los movimientos del ejército español, para oponerse á su marcha.

Mas de seis mil hombres, incluso los que habian entrado en accion, guarnecian este punto importante hácia el cual hemos dejado retirándose á las tropas mexicanas, batidas por los expedicionarios que avanzaban sobre la poblacion.

En un largo salon de un edificio situado en la principal de sus calles, se veian va-

rias camas colocadas de trecho en trecho con la cabecera arrimada á la pared: en todas ellas, escepto en dos, se ven hombres cuyo pálido color revela hondos padecimientos físicos.

Al lado de cada cama se descubria una silla con el traje perteneciente á la persona que ocupaba el lecho: aquel traje era el uniforme que vestía la oficialidad mexicana: aquel salon, pues, era el departamento dedicado á los oficiales mexicanos heridos que mantenian la campaña contra las tropas invasoras.

—Señor facultativo—dijo un coronel penetrando á toda prisa en el salon, y dirijiéndose á un jóven que estaba vendando el brazo á uno de los oficiales—va á llegar un herido que le recomiendo á vd. muy encarecidamente.

—Coronel, al que sabe cumplir con los deberes de la humanidad y no desconoce la sagrada mision que está llamado á desempeñar, recomendarle un herido es inferirle un agravio.

—Protesto á vd. que he estado muy lejos

de pretender tal cosa; pero conozco que he estado torpe, y retiro mi recomendacion.

—Yo le prometo á vd. hacer cuanto esté bajo el dominio de mi limitado saber, por la salud de la persona por quien vd. tanto se interesa.

—Gracias.

—¿Es algun amigo de vd?

—Intimo.

—¿De los que están defendiendo el paso hácia esta poblacion?

—Precisamente.

—Nada descuidaré para salvar á ese oficial.

—Voy á decir que le traigan inmediatamente.

—Muy bien.

—Hasta luego.

—Adios, señor coronel.

Pocos momentos despues de haber salido éste, traian en una camilla á un oficial herido: el facultativo que se encontraba en aquel instante ocupado en curar á otro de los de la sala, ordenó, desde donde estaba,

desnudasen al recién llegado y le pusiesen en una de las camas vacías.

Los mozos del hospital desempeñaron pronta y cuidadosamente la órden; y después de colocar la ropa en la silla próxima al lecho del paciente, corrió uno á traer hilas, mientras los otros salieron á disponer todo lo que es necesario á la primera curacion.

En cuanto el facultativo concluyó con el que estaba curando, se dirigió adonde estaba el nuevo herido.

—Vamos, señor oficial—dijo con cariño al acercarse al lecho—tenga vd. la bondad de permitir que reconozca la herida.

El oficial que estaba acostado de lado, se volvió un poco. Entonces fijó la vista en la persona encargada de curarle, á la vez que éste en el hombre que con tanto empeño le habian recomendado, y ambos, llenos de asombro, formularon en sus labios distinto nombre.

—¡Don Antonio!....

—¡Rossi!....

—Sí:—contestó el médico con dulzura:

fuí vuestra víctima cuando erais mas fuerte, mas poderoso que yo, y hoy que está vd. indefenso, hoy que está en mi mano su vida ó su muerte, hoy soy vuestro amigo, hoy olvido al hombre que labró mi desgracia, para acordarme del prójimo que padece y necesita de mí. Véamos la herida.

—¡Quién me asegura que no se valdrá vd. de su posicion para vengarse?

Contestó Rossi, negándose á la solicitud de D. Antonio.

—Los juramentos que de ser útil á la humanidad presta ante Dios y los hombres quien por su intachable conducta, su aplicacion y sus muchos años de estudios, pertenece al ilustre gremio encargado de aliviar las dolencias físicas de la humanidad.

—Mas que en esos juramentos, confio en otra circunstancia que tranquiliza mi corazón.

—¿Cuál?

—En los hidalgos sentimientos que reconozco en vd.

Dijo Rossi leyendo en la fisonomía franca

del facultativo, la nobleza de una alma sin doblez.

—El médico y el sacerdote no tienen enemigos cuando los que han tratado de ofenderlos acuden al uno en solicitud de la vida temporal, y al otro de la eterna. Son dos verdaderos héroes que sacrifican en aras de la humanidad todas sus pasiones de hombres.

—Tan no dudo de esa verdad, que con toda confianza me pongo en poder de vd.—contestó Rossi alzando un lado de la sábana para mostrar la herida;—examine vd. detenidamente.

—Está en la ingle.

Dijo D. Antonio reconociéndola.

—Precisamente.

—Es preciso que le haga á vd. padecer un poco, para extraer la bala que ha quedado adentro.

—Obre vd. con libertad: los padecimientos se han hecho para los corazones varoniles.

Don Antonio sacó los instrumentos quirúrgicos y empezó la operación.

La herida era profunda, y por lo mismo la extracción de la bala, atendida la inflamación de aquella, era difícil y dolorosa.

Rossi, como hombre de altivo corazón, no dejaba ver en su fisonomía ni la menor señal de sufrimiento. Por el contrario, acordándose de las palabras que poco antes le había dicho el facultativo, dijo sonriendo con la mayor calma.

—¿Quién es aquí mas héroe, D. Antonio, el que se pone en manos de un ofendido, ó el ofendido que se propone salvar á quien ha sido su contrario implacable?

—En mi concepto es mas héroe el primero;—contestó D. Antonio sin dejar la curación—porque confiar en nuestros enemigos reclama un valor á toda prueba, mientras hacer bien á quien nos ha ofendido, además de ser una acción que desarma el brazo de nuestro contrario, es un rasgo de humanidad que halla en Dios su recompensa, y que no exige el sacrificio de la vida, sino de una pasión bastarda, como es la venganza.

—Tiene usted sentimientos altamente rectos.

En aquel instante se acercaron los enfermeros que habian salido por las hilas, vendas, agua, y cuanto es indispensable en estos casos.

—Hemos concluido—exclamó D. Antonio con satisfaccion:—la bala está ya fuera: vea la vd., señor Rossi.

—En la mano pesa menos que en la ingle. Contestó Rossi con buen humor, examinando la bala que le acababa de dar D. Antonio.

Despues de haber concluido la curacion, y de haberse alejado de la cama los enfermeros, D. Antonio se sentó junto á la cabecera del herido, y le dijo.

—Tengo, Sr. Rossi, que pedirle á vd. un favor.

El sardo conoció á dónde se encaminaban aquellas palabras, y contestó.

—Nada hay que pueda negar á quien le voy á deber la vida.

—¿Era Pilar la que el dia en que me hallaba en el mirador de una casa de Ixtacalco, iba en la canoa que vd. ocupaba?

—Sí:—dijo Rossi, conociendo que, negar una cosa que su rival estaba firmemente persuadido de su certeza, hubiera sido confesarse raptor de la jóven:—era Pilar á quien tuve órden de conducir á Chalco, para que no presenciara la dolorosa escena en que debía ser conducido su padre á Veracruz.

¿Y esa órden quien la dió?

—El gobierno.

—¿Por motivo tan fútil pudo el gobierno ocuparse de una jóven desconocida en los círculos políticos?

—Parece que unos parientes, á cuya casa la llevé yo en Chalco, se valieron de personas de influencia para conseguirlo.

—Señor Rossi; ningun pariente arranca á una jóven de su casa, mientras su padre está ausente, y deja partir á éste haciéndole ignorar la suerte de su querida hija.

—Desconozco todo lo que precedió á la salida de D. Andrés—dijo Rossi conociendo lo falso de su posicion, y lo vano de sus disculpas—solo sé que se me comunicó esa órden, y que conduje á Pilar á Chalco, á casa

de una familia que me aseguró ser parienta de ella.

—¿Y despues no volvió vd. á ver á Pilar?

—Sí;—contestó Rossi, estudiando la manera de engañar á su interlocutor:—la ví varias veces: mas aún; entré á la casa en que vivia.

—¿Cómo!

—Vd. sabe que yo la amaba.

—Continúe vd.

—Poes bien, creyendo que mostrándome generoso con ella, cuando se hallaba en la desgracia, podria desterrar de su alma el odio inmerecido que hasta entonces me habia manifestado, la dije que alcanzaria la excepcion de su padre, y que me valdria de todos mis amigos para hacerle volver á Méjico, si en premio me concedia su mano.

—¿Y su re-puesta cuál fué?

—Rechazar altiva mi proposicion.

—¿Y despues?

—Despues, cansado de sus desprecios y desaires, convencido de que nada alcanzaria, y sobre todo, conociendo que un matri-

monio donde la mujer odia al hombre, no podia proporcionar mas que desgracias y disgustos sin número, preseindí de mi intento, resuelto á no ocuparme de ella el mas ligero instante de mi vida.

—¿Me habla vd. con sinceridad?

—Con la mas alta franqueza. Yo traté entonces de poner en conocimiento de vd. lo que habia pasado y el sitio en que se encontraba; pero me dijeron que el gobierno le habia dado á vd. orden de salir de Méjico, y de incorporarse al ejército para curar los heridos, por ser muy corto el número de facultativos de que se podia disponer.

—¿Y cuál era el apellido de esa familia que la recibió en Chalco?

—¿Su apellido?—respondió algo trastornado con aquella pregunta Rossi; pero para disimular su turbacion, fingió ponerse á meditar.—No recuerdo... estaba puesto en la orden, pero como ésta la rompí luego... no traigo á la memoria.

Don Antonio conoció que Rossi no era sincero; que sus palabras, excepto las que tenian relacion con la orden que recibió de

unirse al ejército para curar los heridos, no era más que una historia que estaba muy lejos de ser la realidad. Resuelto, pues, á apurar hasta las heces el cáliz del dolor, le dijo:

—Señor Rossi, no quiero ni pasar por crédulo, ni dudar de lo que vd. me acaba de decir: lo único que deseo saber es si Pilar se ha salvado de todas las asechanzas puestas por vd. á su honor.

—¿Señor D. Antonio?—entró diciendo un enfermero que impidió contestar á Rossi.—Llama á vd. el médico de la sala contigua, para que le ayude vd. á amputar la pierna de uno de los que acaban de ser heridos en este momento.

—¿En este momento?

—Sí señor.

—¿Pero dónde?

—En el camino que conduce á esta población: los españoles, dice, que vienen á atacarnos, y todo se está preparando para resistirles.

El toque de generala se dejó oír entonces en Altamira.

—¿Lo oye vd?—continó el enfermero—no se detenga vd., que le esperan.

Don Antonio, sin detenerse un segundo, y dejando para otra vez el asunto que afectaba su alma de una manera íntima, se dirigió adonde su deber le llamaba.

Una mujer cubierta el rostro con el velo de la mantilla, y acompañada de un dependiente del hospital, se presentó en la puerta á la vez que él salía.

—Ahí tiene vd., señorita, el capitán por quien vd. pregunta.

Dijo el dependiente señalando el lecho en que estaba Rossi.

La mujer hizo una inclinacion de gracias con la cabeza, y se dirigió adonde estaba el herido.

El jóven médico se conmovió al sentir el roce del vestido de la que entraba; un vuelco dióle el corazón al examinar el aire de aquella mujer, cuyo rostro no pudo descubrir, pero en el que, á pesar de eso creyó encerraba al través del velo de la mantilla, algo que tenia relacion con su alma.

—¿Será ella! . . . —fué el primer pensa-

miento que hirió su imaginacion....—¡Ah!... ¡no, imposible....! ¡no puede haber descendido hasta el grado de amar al perseguidor de su buen padre!....¡Sin embargo!... su cuerpo.... ¡su aire!.... ¡Ah!.... es preciso que yo me acerque.... que averigüe.... Por fortuna su agitacion le ha impedido reparar en mí, y desde aquí podré escuchar su voz, y tal vez descubrir sus facciones si se levanta el velo.

Pero el ruido de varias descargas que entonces resonaron, unido al que producía el de los tambores que seguían tocando generala, y la voz que volvió á oír reclamando su presencia para operar al herido en la sala contigua, le obligaron á renunciar por entonces á su intento, aunque resuelto á volver á descubrir la verdad tan pronto como se lo permitieran sus deberes.

## CAPITULO XIX.

Lo que pasó en Altamira.

Las descargas que se habían oído, eran efectivamente, como el enfermero dijo á D. Antonio, hechas sobre la columna expedicionaria que se hallaba ya á las puertas de Altamira.

El general Terán, aunque conocía como buen militar, la ventaja que el ejército de línea tiene sobre el formado de voluntarios que no han tenido tiempo para instruirse en el manejo de las armas, como era la mayor parte del que él mandaba, arengó á su tropa y se presentó en el lugar del peligro.

A los pocos momentos el ataque se hizo general,